

Mensaje nueve

**La enseñanza que dio
el Salvador-Hombre sobre la oración
a fin de que la iglesia sea una casa de oración**

Lectura bíblica: Lc. 5:16; 6:12; 9:28-29; 11:1-13,
18:1-17, 25-27; 19:46; 22:31-32, 39-41

- I. El Salvador-Hombre era un hombre de oración (Lc. 3:21-22; 5:16; 6:12; 9:16, 23-24, 28-29; 22:31-32, 39-41, 44; 23:34, 46-47; Sal. 102:7; 109:4), quien enseñó a Sus discípulos acerca de la oración a fin de que la iglesia como la casa del Padre fuese una casa de oración (Lc. 19:46; cfr. 2:49); cuando los discípulos vieron al Señor orando, ellos le pidieron que les enseñara a orar (11:1):**
- A. Orar es comprender que no somos nada ni podemos hacer nada; la oración es la manera en que verdaderamente nos negamos a nosotros mismos y repudiamos nuestro yo, a fin de disfrutar a Cristo como nuestro jubileo—Col. 4:2; Gá. 2:20; Fil. 3:3; 4:6-7, 11-13.
 - B. Orar es entrar en Dios por medio de la oración; entrar en Dios por medio de la oración es amarle al centrar todo nuestro ser absolutamente en Él, según el modelo establecido por María, quien sentándose a los pies del Señor, escuchaba Su palabra—Lc. 10:38-42.
 - C. Si oramos conforme a las instrucciones que el Señor nos dio en Lucas 11:2-4, como resultado entraremos en Dios mediante la oración—6:37; Mt. 6:12-15:
 - 1. A menudo en nuestra experiencia, nos distraemos de Dios; no permanecemos en Dios, no nos quedamos en Él; es por ello que necesitamos orar hasta entrar en Dios.
 - 2. Debido a que fácilmente nos distraemos de Dios, debemos pasar tiempo cada mañana con Él, para entrar en Él mediante la oración—Sal. 5:3; Is. 50:4.
 - D. Cuando entramos en Dios por medio de la oración, recibimos Sus riquezas (representadas por los panes, el pescado y el huevo) en nuestro ser, las cuales nos suministran lo que necesitamos—Lc. 11:5-13:
 - 1. Los panes representan las riquezas de la tierra; el pescado, las riquezas del mar; y los huevos, las riquezas de algo que está en el aire y en la tierra; el Espíritu Santo es la totalidad de estas riquezas.
 - 2. Cuando entramos en Dios por medio de la oración y permanecemos en Él, recibimos al Espíritu Santo como nuestro

Mensaje nueve (continuación)

suministro de vida (representado por los panes, el pescado y el huevo) con lo cual podemos alimentarnos a nosotros mismos y a todos aquellos que están bajo nuestro cuidado—cfr. 6:45.

- E. Cuando entramos en Dios por medio de la oración y recibimos Su rico suministro, el cual es la abundante ministración del Espíritu todo-inclusivo como la realidad de las inescrutables riquezas de Cristo, somos llenos de este suministro de modo que los demonios, los espíritus malignos y las tinieblas no tienen cabida alguna en nosotros—11:14.
- F. Debido a que somos llenos de las riquezas del suministro divino, llegamos a ser personas cuyos corazones están llenos de luz, sin ninguna parte oscura, y podemos alumbrar a otros—vs. 33-36; Mt. 5:8.
- G. Luego esta luz nos introduce en Cristo como Aquel que pasó por la muerte y entró en la resurrección, a fin de que lo experimentemos como el verdadero Jonás y el verdadero Salomón—Lc. 11:29-32:
 - 1. Cristo es el verdadero Jonás que fue sepultado en el corazón de la tierra por tres días y luego resucitó para convertirse en una señal a esta generación para salvación—Mt. 12:39-41; Jon. 1:2, 17; 3:2-10.
 - 2. Cristo es el verdadero Salomón que edifica la iglesia, a fin de hacerla el templo de Dios, y habla la palabra de la sabiduría de Dios—Mt. 12:42; 1 R. 6:2; 10:23-24:
 - a. En Él, como el verdadero Salomón, nosotros conocemos la sabiduría de Dios, el propósito eterno de Dios y la economía de Dios.
 - b. La “sabiduría de Salomón” (Lc. 11:31) alude a los misterios revelados en las catorce epístolas de Pablo en cuanto a la economía neotestamentaria de Dios, esto es, en cuanto a Cristo como la expresión de Dios y la iglesia como la expresión de Cristo—1 Co. 1:24, 30; 2:7-10; Ef. 3:8-11.
- H. Al entrar en Dios por medio de la oración para ser llenos de las riquezas de Su suministro, experimentamos al Salvador-Hombre en Sus atributos divinos y virtudes humanas, a fin de llevar una vida que es conforme a la norma más elevada de moralidad, a fin de disfrutar y proclamar a Cristo como la realidad del jubileo neotestamentario—Lc. 4:18-22; 9:54-56; 19:10.

Mensaje nueve (continuación)

II. El Salvador-Hombre nos enseña en una parábola acerca de la oración persistente—18:1-8:

- A. En esta parábola el Dios justo es comparado con un juez injusto, y los creyentes de Cristo son comparados con una viuda—vs. 2-3, 6.
- B. En cierto sentido, los creyentes de Cristo son una viuda en esta era porque su Esposo, Cristo (2 Co. 11:2) está ausente (cfr. Ap. 18:7).
- C. Aunque Dios parece no hacer nada a favor de Su pueblo perseguido, debemos aprender a ser como una viuda que lo molesta, alguien que ora a Dios con persistencia—Lc. 18:3-5; Is. 62:6.
- D. Por fe los mártires experimentaron el silencio apacible de Dios, y ejercitaron su fe en Dios aun en los momentos en que Él no hizo nada para rescatarlos—He. 11:32-39; Mt. 11:6.
- E. Nosotros, los que creemos en Cristo, tenemos un opositor, que es Satanás el diablo, a causa del cual necesitamos la venganza de Dios; debemos orar con persistencia por esta venganza y no debemos desanimarnos (Lc. 18:1, 3); esta clase de oración persistente también la ofrecieron las almas de los santos que han sufrido el martirio (Ap. 6:9-10).
- F. Dios nos vengará de nuestro enemigo cuando el Salvador venga (2 Ts. 2:6-9); la fe persistente y subjetiva que necesitamos para orar persistentemente, una fe como la que tenía la viuda, es el requisito divino para que los vencedores puedan reunirse con Cristo en Su regreso triunfal—Lc. 18:8.

III. La historia que contó el Salvador-Hombre acerca de la oración del fariseo y del recaudador de impuestos nos enseña cómo humillarnos delante de Dios en oración a fin de ser justificados por Dios y entrar en el reino de Dios—vs. 9-17:

- A. El fariseo en realidad “oraba [...] para sí” (v. 11), y al orar para sí estaba acusando a otros y jactándose ante Dios con arrogancia; esta jactancia arrogante es un pecado abominable (vs. 9-12).
- B. El recaudador de impuestos reconoció cuánto ofendía a Dios su vida de pecado; por esto, pidió a Dios que le fuera propicio, que tuviera paz para con él mediante un sacrificio propiciatorio, para que Dios le mostrara misericordia y gracia—vs. 13-14; Ro. 3:25:

EL EVANGELIO DE LUCAS

Mensaje nueve (continuación)

1. Arrepentirnos y confesar nuestros pecados es humillarnos a nosotros mismos; debemos humillarnos a nosotros mismos al grado en que nos consideremos que no somos nada ni nadie—Sal. 51; Gá. 6:3; cfr. 1 Co. 8:1-3.
 2. Después de humillarnos, debemos volvernos como niños; un niño, libre de ocupaciones y conceptos viejos, puede recibir fácilmente un pensamiento nuevo; por eso, uno debe ser como un niño y recibir el reino de Dios como algo nuevo, con un corazón despejado—Lc. 18:15-17; 10:21-22; Mt. 5:3.
- C. Al entrar en Dios por medio de la oración y al humillarnos delante de Dios en oración, somos fortalecidos en Cristo para repudiarnos a nosotros mismos, renunciar a todos nuestros bienes materiales y seguir al Salvador-Hombre—Lc. 18:18-30:
1. En nuestra vida humana esto es imposible, pero en la era del Nuevo Testamento cada vez que contactamos a Dios y tenemos comunión con Él, todo lo que es imposible para nosotros llegan a ser posibilidades, y todas nuestras incapacidades llegan a ser habilidades—vs. 25-27; Fil. 4:11-13; Jn. 15:5.
 2. Al entrar en Dios por medio de la oración, somos fortalecidos para vencer el efecto que tiene el estupor de esta era producido por el modo de vivir autocomplaciente, y para vivir en la realidad de la economía de Dios a fin de ser ricos para con Dios por el reino de Dios—Lc. 12:13-21; 2 Co. 6:10.